

Sandias Gigantes

Por Ana María Caliz*



Vivía en un pueblecito una familia compuesta por los padres y dos hijos. También pasaban largas temporadas los queridos Abuelos al pie de una colina, en una gran finca. La casa la habían heredado de los antepasados. La tenían mucho cariño. Los Padres trabajaban en la tierra, sembrando muchas clases de hortalizas, como zanahorias, lechugas, patatas, pimientos, judías verdes etc. Árboles frutales, naranjos, manzanos, ciruelos, almendro y limoneros y las también lo que se cría en el suelo como los melones, calabazas y sandías. Había gallinas con pollitos que ponían unos grandes huevos y tres patos que tenían por compañeros a dos perros guardianes.

Los padres se preocupaban de que fuese todo bien. Vivían de vender lo que habían sembrado. Era todo muy bueno. La gente iba a comprárselo y los huevos que ponían las gallinas eran de dos yemas. Eran famosos en aquel lugar y sus alrededores. Los niños ayudaba en lo que podían. Ellos recibían y entretenían a las personas que iban a comprar, mientras sus Padres cogían los alimentos de la tierra. Los Abuelos les acompañaban cuando hacían los deberes y les contaban batallitas. Se lo pasaban estupendamente. Tenían unos colores en la cara muy saludables.

Un día los Padres le dijeron que fuesen donde estaban las Sandías y que viesen como estaban, que las regasen porque se habían olvidado de ellas. Los niños como siempre eran obedientes y cumplían con sus deberes se acercaron y se llevaron la sorpresa de su vida! Eran gigantes!. Se lo dijeron a sus Padres y fueron corriendo. Se sorprendieron. Era lo nunca visto. Las cogieron con una grúa y las llevaron poco a poco delante de la casa para que todo el mundo las viesen.

Le invadieron unas series de preguntas porque nunca habían visto Sandías Gigantes. Decidieron hacer una merienda con todos sus familiares, amigos y clientes de confianza. Se reunieron para hacerse la foto de rigor. Luego entre los más fuertes las cortaban. Lo hicieron con una sierra eléctrica, igual que cuando tienen que hacerlo con los árboles cuando tienen que sacarle el corcho. No podían ponerlas en el plato normales porque no cabían. Pusieron la mesa con unos tenedores y cuchillos para los comensales que eran especiales. Parecía unos rastrillos y palas. No había otra solución y para las pepitas tenía un cubito para echarlas.

Estaban todos contentos con las Sandías Gigantes. Se corrió la voz por los pueblos colindantes. Jamás habían habido cosas semejantes. Se le invitaba a todo el que llegaba. La mesa aparecía roja porque estaba llena de ese color. Quedaban preciosas. Algunos de los invitados habían traído chacina de las matanzas de sus casas y panes

riquisimos, hecho por un amigo de los Padre. El sabor no era como él de la Ciudad, parecia magdalena. Al final degustaron unos dulces de merengue que trajo una vecina del lugar.

Los niños se lo pasaron muy bien con unos amigos. Los padres estaban orgullosos de tener en sus tierras ese manjar sembrado por ellos y los Abuelo ya tenían otra batallita que contar. Los vecinos siempre recordaran la fiesta de LAS SANDIAS GIGANTES.

Ana Maria Caliz Serrano anamariacaliz@hotmail.com